



DESDE EL TORREON MALICY



DESDE EL TORREON MALICY



E aquí por qué acabo el libro sobre el torreón Malicy.

El jardín de la villa Accussani cubre actualmente por completo el terraplén del antiguo torreón Malicy, donde existía una de las más grandes fundiciones de la Francia y el muro alto que lo sostiene es todavía el de la fortaleza de Luis XIV.

Al extremo de este muro existe una fachada de castillo, de la cual sobresale un balcón que dá sobre el campo.

Desde aquel balcón se distingue á la derecha, la embocadura del valle de Lémína, al frente la del valle de Chisone, más allá á la izquierda el del valle de Lucerna, del Pó y de la Varaita y dominando un semicírculo de colinas y de montes floridos, los

Alpes, dominados por el Monviso, el cual se nos aparece pequeño por virtud de la altura de los montes que le rodean.

Bajo el balcon, en la falda de la colina de San Mauricio, existen los poderes de dos hermanas gemelas, la muerte y la guerra: por una parte el cementerio, por otra la plaza de armas, y en medio, flanqueado por las últimas casas esparcidas de Pinero-lo, pasa el camino recto que conduce á Perosa y á Fenestrelle, atravesando la pintoresca aldea de la Abadía.

Más lejos se distingue San Segundo al pié de un monte y en la llanura la roca de Cavour.

Un paisaje vasto, variado, fresco, que sube transformándose gradualmente, desde el verde sonriente de los campos y jardines, á la majestad blanca y celeste de las más altas montañas de Italia.

Aquella incomparable belleza fué la que me hizo escribir.

No se creería; pero la bella naturaleza como las hermosas mujeres son las que hacen cometer las mayores majaderías.

Compuse casi todo mi libro sobre el torreón Malicy; por esto vengo aquí á terminarlo. No tengo yo la culpa; he sido obligado. Vayan á descargar sus puñetazos contra el torreón los críticos.

*
* *

¡He pasado allí tan hermosas horas, solo y tranquilo, meditando trabajos que nunca llevaré á cabo y fabricándome quintas que jamás tendrán cimientos!

Verdad es que tambien allí algunas veces llegaba hasta mí, amarguras y enfados de todas clases, sellados y recomendados en pliegos de todas formas tamaños y colores.

Pero ¿qué quereis? No duran mucho. El viento se lleva juntas todas aquellas pequeñas cabezas multicolores de reyes, de emperadores de presidentes de república que despues de haber dado unas cuantas vueltas por el aire, van á caer sobre los pámpanos de las viñas de abajo.

Y despues tengo cosas mucho más importantes en qué pensar, durante toda la mañana, cuando lle-go al balcon con el correo bajo el brazo.

¿Estará ó no estará el Monviso esta mañana? ¿Estará todo cubierto ó solamente coronado, ó tendrá la

espalda cubierta y la cabeza desnuda? ¿De qué humor se habrá levantado su majestad? ¿A qué hora podré ver el Cavour, el Frioland, el Servin y las otras canas excelencias? ¿Qué espectáculo tendremos hoy en la corte?

El balcon está cerrado por una puerta. A veces, al abrirla, abro la puerta del paraíso: es un inmenso resplandor de verde, de azul, de nieve, de sol y como el efecto de un prodigio que haya empujado los Alpes diez leguas hácia adelante.

Otras veces hay una especie de mal humor universal, una tristeza tan cerrada y negra, que abandono de pronto toda esperanza: no me atrevo siquiera á pedir el más pequeño favor.

Otras mañanas, por el contrario, hay un cambio de temple, un ir y venir de nubes, un incierto errar de copos blancos y de grandes velos grises rasgados, un hacer y deshacer inquieto y fatigoso, con el cual parece que la naturaleza responde á mis preguntas.

—No sé... Veremos... Estoy buscando.... Ya ve usted que no estoy mano sobre mano... Vuelva otro día.

Pero yo permanezco allí para presenciar el ensayo con los codos apoyados en la barandilla de mi palco hasta la última escena del quinto acto, en que todo se ve claro y queda arreglado.



Bajo el balcon pasa un camino, flanqueado por débil tapia, que se bifurca en aquel punto: un ramal se dirige hácia el cementerio, el otro descende, escondiéndose de pronto por la falda de la colina de San Mauricio, hasta llegar á Pinerolo. La embocadura forma como una terraza desde la que se distingue la llanura y la montaña.

Por esto pasan por allí al subir y al bajar casi todos los pinerolese peripatéticos que dan una vuelta por la colina durante la tarde.

Tambien en aquellos tiempos en que existía la fortaleza, debía correr un camino por allí; ó al ménos, un simple sendero, un poco más alejado, pasco predilecto de los enamorados al aire libre que se complacían en agradables caminatas extramuros.

Aquí, por ejemplo, es para mí objeto del mayor recreo y diversion, en las largas horas en que permanezco al balcon ver venir hácia adelante á los jóvenes hermanos Bochiardi, Pablo y Antonino, cogidos

del brazo, los dos altos y hermosos, que se ocupan en concertar en voz baja el viaje desde Pinerolo al Cuerno de Oro, donde defendieron heroicamente la puerta de Adrianópolis contra el ejército del segundo Mahomed, y despues bajar lentamente, enterneciéndose, bajo la severa túnica de Dominicos y fantaseando tal vez sobre alguna nueva truanería de Zanni de Bérgamo, aquella cabeza ligera de Mateo Banello.

Y detrás de ellos, una amazona esbelta, elegante, valiente, la condesa Hortensia de Piosasco, todavía triunfante por haber salvado la ciudad del asalto nocturno de los soldados de Lesdiguières.

Y poco despues, la cabalgata pomposa del estado mayor del cardenal Richelieu, y una tropa de oficiales melencidos del directorio, ó una turba de italianos de todas provincias y nuestros buenos voluntarios de caballería del cincuenta y nueve, que pasaban declamando los versos de Berchet y de Gabriel Rosseti....

El último, es siempre el general Brignone, amarillo y encorvado con aquel aire de santurron, que pasa solo, siempre solo, á pasos breves y cansados, meditando sobre sus batallas y sus desventuras.

*
*
*

Durante la mañana, sobre todo, hay siempre animacion en la llanura.

En la plaza de armas galopan rumorosamente, levantando chispas sus dorados cascos, escuadrones de lanceros mandados por oficiales de la escuela; colócanse—yo no sé dónde—pero me parece que junto al camposanto los trompetas de la guarnicion, que se ejercitan en destrozarse los oidos y el alma, y desde el patio de un cuartel que distingo perfectamente, suben sonoras y distintas las voces de los soldados que responden á la lista en cien tonos, como parche de tambor herido por un niño.

En tanto, baja por el camino de Fenestrelle, gran campanilleo de esquilas, un ganado tras otro, torrentes enormes de lava que se precipitan en los fosos y parece que amenazan inundar la campiña. Descienden filas de carros cargados de grava del Malanaggio sobre las eras vecinas, baten el grano; el tranvía de Perosa llega arrojando penachos de humo; el Lémina

murmura, y aquí y allá en medio de los campos, humean como hachas gigantes las chimeneas de las fábricas.

Alguna vez á aquella hora, por allí abajo, entre los árboles por el camino bajo del cementerio, un féretro seguido por mucha gente con los cirios encendidos; y entónces hace un contraste extrañamente dramático aquel lamentable murmullo de oraciones que quiere decir:—¡Todo ha terminado!—con aquellos relinchos violentos, con aquellas voces juveniles de oficiales, para los que la vida empieza:—¡Maaarchen!—gritos á los cuales responde la carrera de cien caballos desenfrenados.

*
* *

Después vienen también las horas de silencio y de soledad.

Entónces mi espectáculo preferido es una casita rústica que hay allí cerca, habitada por una reducida familia: una anciana viuda, que hace la nata; un hijo suyo que trabaja de albañil; la mujer del hijo, que hace de ama y una niña, hija de la anciana.

Todo su capital consiste en un poco de prado y un par de vacas. Viven con nada y parecen contentos.

La esposa es una espósita, sacada niña de la maternidad y educada en la casa. El hijo se enamoró de ella. La adoran todos.

Es alegre, canta desde la mañana á la noche, trabajando siempre.

Yo tengo noticia de todas sus haciendas, y conozco perfectamente sus costumbres.

Cuando vuelve del trabajo, el hijo conduce las vacas al prado, y así por expansión abraza bien á la una, bien á la otra mientras están inclinadas pastando, acariciando amorosamente sus cabezas.

Al oscurecer, comen tranquilamente una menestra sentados delante del portal. Despues de la cena, los esposos dan un paseo de treinta pasos hasta la embocadura del camino, donde permanecen un poco de tiempo apoyados contra el muro, mirando al monte.

Vuelven á casa. Brilla una luz en una ventanilla durante un cuarto de hora, despues se apaga y todo se acabó.

Y así todos los días y todo el año. Y yo experimento un placer, una conmocion de niño en creerme un viejo millonario enfermo, que vá á llamar una tarde á aquella puerta con un oficio de la inclusa en la mano y entra en la casa, y oigo un grito de:—¡Padre mío!—y un estallido de llanto y el golpe de una caida y voces confusas de maravilla y gozo y el rumor de las alas de la paz que vuela de aquel nido para siempre.

*
* *

Aquel profundo silencio de las mañanas, está interrumpido algunas veces por voces desusadas, conversaciones de un grupo de amigos, venidos de léjos, que discute acaloradamente para olvidar un almuerzo infeliz.

Y aquellas mañanas se esparcen por la campiña, como pajarracos exóticos traídos allí en una jaula, las frases más raras del mundo, palabras de una lengua misteriosa y siniestra que hacen correr el temblor por las fibras de los zarzales vecinos:

—...Pero aquella animacion *antropomorfa*, que se infiltra por todos los poros del mundo *zolesco*...

—¡No! Tu confundes con los pequeños *omateros* que se encuentran en los internudos de las plantas *monóicas*...

—Dice que el alma del individuo entrando por obra del amor platónico en los órdenes *operativos*, participa de la *vida universal*, del *psico cósmico* y se confunde con el...

—Sabed que interesa interiormente la extremidad posterior de las tres *circunvoluciones témporo-esferoidales* y una parte de la porción posterior de la *circunvolución parietal inferior*...

Y es caso de reir entónces al ver el estupor profundo de las dos vacas de la lechería y el aire triste de incredulidad con que mueven la cabeza, como para decir con Manzoni:

—Negamos todo y no proponemos nada.

*
*
*

Ap nas hay un poco de sombra, se amontona all  todo el tropel de los niños de la vecindad.

Es otro espectáculo que no daría por muchas comedias en cinco actos. Por lo demás conozco ya perfectamente toda aquella tropa de rapazuelos.

Hay hermosos muchachos, crecidos y desarrollados al aire fuerte de San Mauricio, que llegan   grandes pasos, llevando   cuestras   sus hermanitos de un año. Otros, altos como la tierra, que llevan bufandas al cuello, con caritas como manzanas. Y despues, holgazanes de todas las medidas, de barrigas abultadas, verdaderas pieles de coliflor, minúsculos que apenas se sostienen, otros, regordetes, chup ndose el dedo gordo, con la gorra   un lado, un zapato solo, la chaquetilla toda ojos, los calzones rotos, las médicas caidas y la camisa por fuera.

 Pobres madres!  Valiente canalla! Es preciso verlos como se revuelcan en el polvo y se sientan sobre las piedras y se estrujan contra el muro, todos

puestos en fila, con la cabeza inclinada hacia adelante, jugando á quién escupe más largo.

Y están allí media hora contratando el cambio de un boton, de un clavo, de una espina, de un trapo colorado produciendo un murmullo interminable por cada pájaro y cada perro que pasa, hasta que voces amenazadoras les llaman por sus nombres desde lejos.

Entonces se esparraman todos dando zancadas, excepto uno ó dos, las almas esforzadas de la compañía rebeldes á toda ley humana ó divina, los cuales permanecen apoyados sobre el muro en afectada actitud de desprecio, chupando las colillas de mis cigarros.

*
* *

Mas tarde pasan parejas de amantes rústicos: muchachas rollizas, con dos mechones de cabello: lustrosos pegados á las sienes y con una cinta de terciopelo negro al cuello; jóvenes con gorras de tela y pantalones á la francesa.

Cuando llegan allí, creen siempre encontrarse solos.

Muchas veces miran alrededor; pero ¡pobres jóvenes! jamás se acuerdan de mirar hacia arriba.

Pero despues de todo, ¿qué puede verse? Las cabezas se inclinan sobre los hombros, los brazos rodean el talle...

Y el fotógrafo, desde el balcon, cuenta los minutos, los segundos...

Alguna vez se comete una indiscrecion, y entonces las muchachas echan de repente la cabeza atrás y hacen retroceder los labios indiscretos con un golpe de abanico capaz de helar la sangre en las venas. Y los indiscretos se vengan, dando pellizcos capaces de pastimar á un rinoceronte.

Despues se aquietan y se apoyan sobre el muro. Y allí hablan estensamente; la chica con los ojos bajos, dando vueltas entre los dedos al estremo de su delantal negro; él con los codos apoyados en actitud de adoracion; y se adivina de la risa de uno y de las miradas de reproche y del rubor de la otra, las bromas verdes y los cumplidos impertinentes, con los cuales empiezan de nuevo los asaltos y los golpes de abanico... Hasta que la muchacha levanta los ojos al balcon, y entonces se quedan como dos estatuas de sal, en actitud tan digna de compasion, que me siento lleno de paternal piedad y entro rápidamente en mi habitacion como un enorme autómeta de reloj.

*
* *

Pasan tambien parejas conyugales, burgueses, hermosas... Por mitad, se entiende. Estas, como todas, aman extraordinariamente las sombra del torreón Malicy.

Una señora dá cuatro pasos de polka; otra se separa del brazo del marido, para remedar el paso de una amiga muy gruesa.

Oigo fragmentos de disputa, contestaciones secas, de las que dan los lacayos á las señoras, y mascar el cigarro al acompañante.

—Te equivocas, te equivocas, te equivocas.

O bien:

—Esto no lo olvido ¿sabes? Ténlo muy presente.

Las parejas van un trecho separadas: uno á derecha y otro á izquierda del camino, murmurando y mirando á los dos lados opuestos con aire de estar mortalmente arrepentidos del sétimo Sacramento.

Despues, de improviso, sintiendo pasos delante ó